

PENSAR EL SUROCCIDENTE

ANTROPOLOGÍA HECHA EN COLOMBIA

TOMO III

Enrique Jaramillo B.

Axel Rojas

Editores



Pensar el suroccidente. Antropología hecha en Colombia / Hermann Trimborn, Milciades Chaves, Kathleen Romoli, María Victoria Uribe [et al.]; Editado por Enrique Jaramillo B. y Axel Rojas. -- Cali: Universidad Icesi. Sello Editorial, 2019.

962 pp. tablas, mapas, gráficos.

Incluye referencias bibliográficas al final de cada capítulo.

1. ANTROPOLOGÍA HECHA EN COLOMBIA. 2. ANTROPOLOGÍA SOCIAL. 3. ANTROPOLOGÍA CULTURAL. 4. ANTROPOLOGÍA REGIONAL – SUROCCIDENTE. 5. COLOMBIA. 5. ETNOLOGÍA – INVESTIGACIONES. I. Título. II. Hermann Trimborn, III. Milciades Chaves IV. Milciades Chaves, Kathleen Romoli. V. Jaramillo, Enrique y Axel Rojas editores. VI. Universidad Icesi.

ISBN: 978-958-8936-87-1 / 978-958-8936-88-8 (PDF).

DOI: <https://doi.org/10.18046/EUI/ee.4.2019>

305.898 A636 - scdd 21

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995

Catalogación en la fuente – Universidad Icesi. Biblioteca

© Universidad Icesi, 2019

© Asociación Latinoamericana de Antropología (ALA)

© Grupo de Estudios Lingüísticos, Pedagógicos y Socioculturales, Universidad del Cauca

© De los autores: Enrique Jaramillo B., Axel Rojas (Editores académicos), 2019

Primera edición

Editorial Universidad Icesi, junio de 2019

Diseño y diagramación: Johanna Trochez - Ladelasvioletas

Imagen de carátula: Enrique Jaramillo B.

Coordinador Editorial: Adolfo A. Abadía

Editorial Universidad Icesi

Calle 18 No. 122-135 (Pance), Cali – Colombia

Teléfono: +57 (2) 555 2334 | E-mail: editorial@icesi.edu.co

<http://www.icesi.edu.co/editorial>

La Editorial Universidad Icesi no se hace responsable de las ideas expuestas bajo su nombre, las ideas publicadas, los modelos teóricos expuestos o los nombres aludidos por el(los) autor(es). El contenido publicado es responsabilidad exclusiva del(los) autor(es), no refleja la opinión de las directivas, el pensamiento institucional de la Universidad Icesi, ni genera responsabilidad frente a terceros en caso de omisiones o errores.

Los contenidos de esta publicación pueden ser reproducidos sin autorización, siempre y cuando se cite el título, el autor y la fuente institucional.

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Contenido

Reconocimientos.....	9
Introducción. Pensar el suroccidente <i>Enrique Jaramillo B. y Axel Rojas</i>	11
Zonas de contacto: colonialismo y el problema del otro	
Señorío y barbarie en el valle del Cauca. “Introducción” <i>Hermann Trimborn</i>	29
Los indígenas del Cauca en la Conquista y la Colonia <i>Milcíades Chaves Chamorro</i>	59
Las tribus de la antigua jurisdicción de Pasto en el siglo XVI <i>Katbleen Romoli</i>	83
Documentos del siglo XVIII referentes a la provincia de los pastos: problemas de interpretación <i>María Victoria Uribe</i>	129
Economía, poder y región	
Castas, patrones de poblamiento y conflictos sociales en las provincias del Cauca 1810-1830 <i>Germán Colmenares</i>	159
Las tierras bajas del Pacífico colombiano. Población y poblamiento <i>Robert West</i>	193
La configuración histórica de la región azucarera <i>José María Rojas</i>	251
Sociedades y espacios en el litoral Pacífico sur colombiano (siglos XVIII-XX) <i>Odile Hoffmann</i>	283

Emergencias: del problema del indio a la política indígena

Problemas de actualidad <i>Juan Friede</i>	313
Problemas sociales de algunas parcialidades indígenas del occidente de Colombia <i>Luis Duque Gómez</i>	339
Historia política de los paeces <i>Víctor Daniel Bonilla S.</i>	353
Movimiento indígena y “recuperación” de la historia <i>María Teresa Findji</i>	391
El movimiento indígena en Colombia <i>Trino Morales</i>	409

Organización social

Bases para el estudio de la organización social de los páez <i>Segundo Bernal Villa</i>	423
Minería del oro y descendencia: Güelmambí, Nariño <i>Nina S. De Friedemann</i>	445
Conflicto interétnico y shamanismo: los paéces <i>Myriam Jimeno Santoyo</i>	493
Etnogeografía y etnogeología de Coconuco y Sotará <i>Franz X. Faust</i>	505
Hacia una antropología de la indumentaria: el caso de los guambianos <i>Ronald A. Schwarz</i>	541

Clases, tierra y trabajo

Formación de un sector de clase social. La burguesía azucarera en el Valle del Cauca durante los años treinta y cuarenta <i>Charles David Collins</i>	575
La respuesta de la industria azucarera a la sindicalización en el sector <i>Rolf Knight</i>	631

Unidades de producción nortecaucanas (Colombia): modernización y funcionamiento (inédito: 1981) <i>Jaime Arocha Rodríguez</i>	665
Evolución del trabajo asalariado rural en el Valle del Cauca, Colombia, 1700-1970 <i>Michael Taussig</i>	685
Tenencia y uso de la tierra por la industria azucarera del Valle del Cauca <i>Simeone Mancini M.</i>	725
Origen y formación del ingenio azucarero industrializado en el Valle del Cauca <i>Eduardo Mejía Prado y Armando Moncayo Urrutia</i>	753
Movilizaciones y luchas	
Orígenes y expresiones de una ideología liberal <i>Gustavo De Roux</i>	799
Una organización indígena en lucha por la tierra: el Consejo Regional Indígena del Cauca <i>Christian Gros</i>	831
Iglesia, sindicalismo y organización campesina <i>Cristina Restrepo</i>	853
El movimiento de integración del Macizo Colombiano <i>Luz Ángela Herrera</i>	885
Interpretando el pasado Nasa <i>Joanne Rappaport</i>	909
Intelectuales, campesinos e indios <i>José María Rojas</i>	931
Índice analítico	955

Historia política de los paeces¹

VÍCTOR DANIEL BONILLA S.

Prólogo a la primera edición

Septiembre 1977

“En la historia se nos ha tratado como antropófagos que no nos dejábamos dominar. Pero no dicen por qué no nos dejábamos dominar; por qué era que no queríamos entrar en la civilización...” Compañeros, con estas palabras, uno de ustedes inició su intervención ante los obreros de Medellín en octubre de 1973, para explicar el trabajo del CRIC. Y en la semana de la solidaridad otro compañero decía:

Cuando los indígenas nos organizamos por nuestra propia cuenta, según nuestras tradiciones, entonces dicen que vamos hacia atrás; que queremos volver al tiempo de nuestros anteriores que dizque eran antropófagos. Pero esa no es la razón: nos organizamos según nuestra costumbre porque así nos conviene más... Y como hay muchos que buscan ayudarnos, que buscan “recuperarnos”, nosotros les decimos: esta tradición sirve y nosotros no creemos que sea un mal para nosotros [...]

Conservamos estas palabras en la cartilla “La posición política del indígena: nuestra lucha es tu lucha”. Desde entonces, cuatro años han pasado. La organización indígena del Cauca se ha agrandado y afirmado. Las luchas se han extendido y se han alcanzado algunos triunfos. Pero en el CRIC siguen las preguntas: ¿Por qué nos dejábamos dominar? ¿Cómo no dejarnos dominar? En esto radica el interés de muchos compañeros: en que aclaremos estos puntos; o dicho en otras palabras: cómo educar políticamente a las comunidades.

Pero hay una gran dificultad en el camino de esta educación. Y es que las escuelas, la radio, las religiones, los periódicos y demás les meten en la cabeza ideas que son falsas. Enseñan que el indio es cosa del pasado, que el indio es algo acabado

1 Original tomado de: Víctor Bonilla. 1982. Historia política de los paeces.

o que pronto se acabará, que el indio no es algo vivo, algo de hoy. Por eso tanto compañero piensa que el indio es como un pájaro: que pasó por el aire sin dejar rastro, sin acumular experiencia, sin hacer historia.

Eso lo vemos claro cuando miramos qué nos enseñan en la mayoría de los libros. Allí las luchas de los indígenas americanos son presentadas como una oposición “ciega” al invasor español. O como demostración de venganza y odio contra “los blancos”. Y, en el mejor de los casos, como una resistencia al despojo y opresión económicos. Pero siempre aparecen esas luchas como producto de un “instinto irracional” por sobrevivir, y no como han sido y siguen siendo en verdad: como una actitud política, colectiva y consiente de las comunidades y pueblos indígenas en busca de su liberación.

Este punto es muy importante, porque todos los hombres desde que viven en sociedad, actúan de acuerdo a intereses comunes. Y esos intereses no son solamente del momento, sino que nacen y se forman a través de toda una serie de experiencias que se van acumulando día tras día, años, tras años y se van transmitiendo de generación en generación a través de los siglos. Y esta forma de actuar que tienen los pueblos de acuerdo a sus intereses es la política.

Por eso cuando en la asamblea del 05 septiembre de la Susana en Tacueyó (1971) se incluyó “Recuperar nuestra Historia” como punto del programa, no solo se recogía el sentir de las comunidades y el respeto a los mayores, sino que afirmaba un punto fundamental para desarrollar la formación política de las comunidades indígenas del Cauca. Porque es cierto que los compañeros indígenas sienten mucha emoción y mucho apego a sus raíces; pero también es cierto que la historia de los antepasados sigue viva en el corazón de las comunidades. Por eso conocer esas raíces, analizarlas, más allá del sentimiento, es tarea fundamental de los dirigentes para que lleguen a dirigir las comunidades de acuerdo a sus verdaderos intereses, única manera de que la organización avance, se consolide y triunfe.

Muchos de ustedes son conscientes de este problema, y por eso me han solicitado colaboración para la reconstrucción de la historia indígena del Cauca: labor en la que he intervenido directamente.

Este es el sentido de esta cartilla. Aquí les presento los meros resultados de este trabajo, en forma de borrador, para que ustedes lo estudien, lo corrijan y amplíen de acuerdo a sus conocimientos y necesidades. Yo, por mi parte, continuaré investigando y tratando de impulsar esta tarea que es de importancia vital para el desarrollo del Movimiento indígena en general.

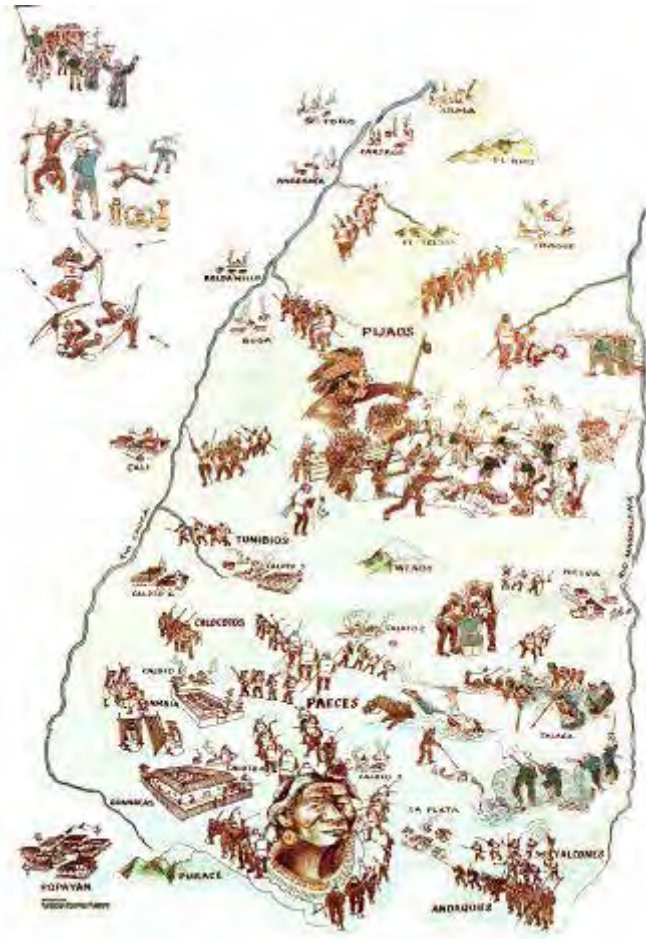
Las guerras de liberación indígena

Cuando los españoles llegaron a conquistar estas tierras no pudieron cerrar los ojos ante los millones de hombres que poblaban estos territorios y negarlos pensando o diciendo que no existían, que no valían nada, como se hace hoy en día. Al contrario para poder ocupar este continente y someterlo a su explotación tuvieron que luchar fuertemente. Por eso no podían negar que los nativos americanos formaban verdaderas sociedades. Sociedades diferentes a las de ellos, pero sociedades que estaban desarrollándose en lo económico, lo social y lo político al punto que poseían ciudades, pueblos, cacicazgos y estados. De ahí que para poder someterlas a su dominación tuvieran que entrar a romper ese desarrollo propio en que estaban los pueblos americanos (o “naciones” como los llamaban los cronistas); y cuando no pudieron lograrlo, tuvieron que exterminarlos.

Es por esa razón que las luchas de los yalcones, andaquíes, guanacas, apiramas y pijaos del Valle de Magdalena, así como la de los paéces, tunibíos, calocotos, y otros del oriente caucano poseen también un carácter político indiscutible. Se trataba de una resistencia política y militar contra el invasor de sus territorios, contra quienes venían a arrebatárles su lengua y su cultura; contra quienes buscaban imponer la obediencia al español y el pago del tributo en oro, productos o trabajo. Obediencia y tributo que en toda la historia de la humanidad han sido las mayores y más claras manifestaciones de dominio político de un pueblo sobre otro. Por eso los nativos caucanos, como los demás hermanos de América, respondieron a esa dominación con la mayor manifestación de rechazo político que existe: la lucha armada, la guerra contra el opresor.²

Y en el Cauca la guerra fue larga y durísima. En los primeros combates enfrentaron al invasor aisladamente, por tribus o pequeñas comunidades como estaban organizados en ese tiempo. Pero rápidamente se dieron cuenta del poderío militar del enemigo y de la necesidad de unirse para enfrentarlo con éxito. A partir de entonces y por más de cien años que duró la Gran Guerra, las tribus del mismo origen y de lengua parecida que hasta entonces estaban distanciadas, comenzaron a coordinarse para defenderse mejor.

2 Cuando publicamos por primera vez este texto afirmar como hicimos que los indígenas del Cauca tenían una “historia política” cayó entre los intelectuales como una bomba, porque por esos años todavía se consideraban las comunidades como tribus “sin historia”.



Como ocurrió en Tierradentro, donde los caciques Tálaga, Simurga, Páez y su hermana Taravira (que ocupaban el norte del río Páez), entraron en entendimiento permanente con el cacique Suyñ y su hijo Emisa (que dominaban la hoya del río Moras) y también con el cacique Apirama y otros situados más al sur. Primera tendencia a la unidad militar que habría de ser reforzada con multitud de alianzas, con tribus hasta entonces extrañas o enemigas. En esta forma los guerreros yalcones, pijaos, guanaca y paéces del lado del Magdalena, comenzaron a dejar de hacerse la guerra entre ellos para hacer frente al enemigo común, al colonizador español.

La mejor muestra del éxito de esta política de los indígenas caucanos fue el resultado de la primera etapa de esta gran guerra. Todos hemos oído la historia de cómo la Gaitana y el Cacique Pigoanza desarrollaron toda una campaña que

les permitió reunir en 1583 más de 7.000 paéces, 6.000 yalcones, 7.000 pijaos. Es decir más de 20.000 hombres de guerra o de “macana”. Verdaderos ejércitos que en grandes batallas derrotaron a los enemigos, comenzando por el mismo jefe de los conquistadores, Sebastián Belalcázar, y haciendo pagar con sus vidas los crímenes cometidos a otros como Ampudia y Añasco, como contamos en la cartilla del CRIC No. 1 “Nuestras luchas de ayer y de hoy”.

Y más todavía, porque lograron destruir poblaciones españolas como la Plata y Caloto. La primera fue incendiada completamente en 1577 y muertos en ella 900 españoles, luego de lo cual ejércitos nativos taponaron las minas que tanto codiciaban los invasores. Y, en cuanto a Caloto, es un gran ejemplo de la incansable lucha de los indígenas de entonces: fue una población que los españoles tuvieron que llevar a cuestras durante 50 años tratando de establecerla en diversos puntos que sirvieran de frontera con los pueblos indígenas aliados. Primero ensayaron en Guambía y luego en Pisimbalá, después en Guanacas, y posteriormente por dos veces entre El Palo y Corinto, siendo destruidos por los patriotas paéces; por lo cual tuvieron que seguir ensayando otras veces en las regiones de Toribío e Isabelilla, donde también fue arrasada, para terminar abandonando esos proyectos y establecerla donde hoy se encuentra. Por eso hoy todavía se conserva el nombre de Caloto en veredas de cada uno de esos lugares como recuerdo de su hazaña.

Así transcurrieron esos primeros 40 años contra los conquistadores en el Cauca y teniendo como resultado las continuas derrotas para las expediciones guerreras que lanzaban. A tal punto que los españoles se vieron obligados a dos nuevas estrategias: a) construir fortalezas en Guanacas, Guambía y Toribío, a fin de impedir el paso de los paéces y sus aliados contra Popayán;³ y b) emprender las campañas de exterminio y represión a los “indios en guerra” de que nos habla la Historia. Por eso, el historiador Castellanos, refiriéndose a este periodo pudo escribir que *“se quedaron los páez con su honra, libres de vasallaje y servidumbre y en plena libertad, sin que consientan extraño morador en su provincia”*.

Pero con el paso de los años y las generaciones, las condiciones fueron cambiando, abriendo paso a una segunda etapa. Al interior de las comunidades se hacía visible la disminución de la población, producida no solo por la guerra, sino por las enfermedades nuevas traídas por los españoles, que causaban gran mortandad. Pero había otras causas que provenían de Europa: el número de los invasores iba aumentando de día en día con la llegada de más y más barcos cargados de aventureros y colonos. Pero había otras más graves aún: la dominación que el enemigo había logrado establecer sobre algunas comunidades, ganándose a sus

3 En una hacienda montañera, cerca de Buga, se conservaron hasta hace poco ruinas de una de ellas.

jefes, haciendo revivir las luchas anteriores a la Conquista, debilitando así la lucha anti-colonialista de los nativos americanos.

Esta desgraciada situación se presentó en el Cauca varias veces. Entre ellas se recuerda el caso del cacique Anabeima, de la región de Guanacas, que se presentó a luchar con los españoles contra los Apirama. Y está también lo ocurrido con el cacique Diego Calambás, descendiente del principal jefe encontrado por los invasores en el oriente caucano. Este Calambás se volvió el principal colaborador de Belalcázar, al punto de convertirse en el azote de las comunidades de Tierradentro que se enfurecieron por los malos tratos del invasor. Esta actitud de Diego Calambás produjo la ira de las restantes tribus quienes tomaron las armas y lo expulsaron “con 700 súbditos” hacia la región de Quichaya. Estos hechos negativos hicieron que a partir de 1573 muchas veces los españoles lograran sorprender y derrotar a las tribus paéces, pijaos, guayaberos, yalcones y demás en guerra, sometiénolas a “paz y obediencia” como decían los conquistadores. Finalidad que otras veces lograban haciendo tratados de paz. Acuerdos que de nuevo muestran un manejo político de parte de muchos jefes indios; que cuando no salían victoriosos buscaban el mejor arreglo posible. Pero esos acuerdos no se cumplían porque, mientras las comunidades lo entendían como manifestaciones de paz y respeto a sus derechos, los invasores lo tomaban como manifestaciones de debilidad y obediencia aumentando sus abusos y la explotación.

Finalmente el lento aumento de la dominación hizo que los pueblos en lucha hicieran un último gran esfuerzo para sacudirse del invasor. Esfuerzo que hicieron los pueblos nativos de los Andes, desde el Perú hasta el Cauca a finales del siglo XVI.

En esta tercera etapa, iniciada en 1595, la guerra se generalizó. Las tribus del Cauca y del Magdalena hicieron una gran alianza y adoptaron la guerra de guerrillas; se desbordaron por lo cordillera central, dominando todo el territorio entre Popayán e Ibagué. Una a una fueron atacadas y destruidas las ciudades de Toro, Arma, Anserma, Cartago, Caloto, Roldanillo e Ibagué. Además las guerrillas indígenas se tomaron los caminos que unían los dos valles, separando a los españoles de Popayán y Quito de los de Bogotá y el resto del territorio conquistado. Fue tan grande el empuje de los patriotas nativos que los militares de las gobernaciones de Popayán y del Tolima, ya no dieron abasto para dominarlos. Parecía que por fin iban a ganar los indígenas la larga guerra.

Pero los invasores eran muchísimo más fuertes. Ellos tenían detrás de los mares la fuerza enorme de España y de su imperio por entonces el más poderoso del mundo, el cual los apoyaba en hombres, armas, dinero y cuanto necesitaban. Fue así como al ver la situación creada por las “naciones” y tribus aliadas, el Gobierno español envió todo un ejército comandado por uno de sus grandes guerreros, el capitán Juan de Borja, con la misión de “terminar de una vez por todas las guerras

indígenas”. Este militar español comenzó en 1603 su campaña. La guerra se volvió entonces más violenta que nunca. Los guerreros de las tribus pelearon con furia; atacaron e incendiaron a Ibagué y obligaron a Borja a luchar durante más de cuatro años. Se presentó entonces la batalla del valle de Chaparral donde los guerreros, las mujeres, los ancianos y los niños pijaos y paéces pelearon contra el invasor manifestando su decisión de seguir siendo pueblos libres. Pero habiendo logrado el capitán español dividir a los pijaos, estos fueron derrotados, muriendo en combate su gran jefe Calarcá y siendo fusilados los restantes caciques; mientras que sus hombres fueron repartidos a los encomenderos como esclavos.

A pesar de esta gran derrota, la guerra la continuaron los yalcones, paéces y andaquíes del lado del Magdalena; y los tunibíos, calocotos y pijaos sobrevivientes del lado del Cauca. Estos últimos adoptaron la táctica de la “*tierra arrasada*” destruyendo sus habitaciones, sus cosechas, animales y todo lo que podía servir a los españoles, a fin de impedirles avanzar sobre ellos, llegando en ocasiones a forzarlos a comerse sus caballos. Mientras las tribus aliadas del lado del Magdalena hicieron un último y desesperado esfuerzo en 1625 enfrentando al capitán de Borja en Itaibe, en Tierradentro, sin lograr vencerlo. Fue así como, muertos los mejores guerreros de las tribus, disminuidos los pueblos yalcón, andaquí, páez, pijao, calocoto y tunibío a menos de quinientos o mil hombres cada uno, tuvieron que suspender la lucha general hacia 1632;⁴ mientras los más rebeldes se internaron en las selvas desde donde seguirían por algún tiempo más su lucha contra el colonizador en forma de guerrillas. Pero no durante mucho tiempo. Estos últimos guerreros, siempre acompañados por las pocas tribus supervivientes del alto Magdalena en 1656, trataron de hacer un último levantamiento contra los invasores en Itaibe pero otra vez fueron traicionados y reprimidos sangrientamente.

En esta forma llegó a su fin la gran guerra de liberación de los indígenas del Cauca contra el invasor español. Lucha que, como puede verse, no fue espontánea ni ciega, sino que correspondió a una clara política anticolonialista del indio.

Proceso de conformación de la actual nación nasa

Como consecuencia de la derrota militar se inició una nueva época política para los nativos caucanos: la del reconocimiento de la autoridad y del tributo al rey español, la del dominio y explotación de parte de los encomenderos, en una palabra, el coloniaje. Sin embargo esto no se produjo automáticamente, sino que fue un proceso largo. Primero llegaron los doctrineros o misioneros jesuitas, que de vez en cuando hacían giras por el territorio; pero en vista del rechazo de las

4 Una “numeración” (censo de indígenas) de los españoles informa que por entonces en Toribio quedaban solo algo más de sesenta familias.

comunidades se retiraron en 1640, para no volver a aparecer hasta 1648. Lo mismo pasó con los encomenderos: los primeros fueron nombrados hacia 1630 para que recogieran el tributo en oro, producto o trabajo, pero en verdad solo hacia 1650 pudieron comenzar su tarea de explotación a los indígenas.

Entretanto desaparecidas las antiguas tribus las comunidades entraron en un largo periodo de recuperación y cambios. Se abrió entonces un periodo de 50 años de recuperación física y poblacional, que se tenía que dar para poder seguir existiendo en ese mundo nuevo que era convivir con los invasores. En segundo término, la relación en que se veían envueltos con curas, encomenderos, cacharrereros, mineros en busca de oro y comerciantes los fue relacionando con productos traídos de Europa: no solo las armas y artículos de metal sino los vacunos, caballos, cabras, ovejas, gallinas y multitud de animales, plantas y frutas que les resultaban útiles en su recuperación vital.

Es decir, que la vida objetivamente había cambiado, ya Abya-Yala (nombre dado a la América de antes de la Conquista europea) no era la de antes: estaba evolucionando. Fenómeno que trajo otra consecuencia: que los nuevos jefes ya no serían guerreros, sino guardianes pacíficos de sus pueblos. Eran nuevos caciques que tenían que buscar nuevas formas de acción, de seguir enfrentando al enemigo, pero que les permitiera resistir en paz.

En este nuevo ambiente crecieron los grandes caciques nasas, especialmente Quilo y Sicos, Juan Tama, los Guayamuses, Mandinguagua y Jacinto Mosca. Las condiciones no daban para rebelarse, pero tenían que buscar la manera de proteger los territorios que no habían sido colombianos. De conservar la calma dando apariencias de obediencia pero resistir al máximo las imposiciones. Y, en todos los casos, usar los argumentos de los dominadores contra ellos mismos. Esa sería su tarea.

La resistencia pacífica que emprendieron a partir de entonces nos indica que eran políticamente conscientes de que su calidad de vencidos en la guerra no significaba de ninguna manera que hubieran perdido su derecho a gobernarse por sí mismos y menos aún el derecho sobre los territorios que ocupaban: porque estos eran derechos anteriores a la guerra y al rey. De ahí que pronto comenzaron a solicitar que se les reconocieran sus cacicazgos y territorios (que posteriormente se denominarían resguardos) que la corona española había establecido en un principio para sus súbditos indígenas.⁵ Pero no pidiéndolos como un regalo, sino como un reconocimiento al derecho que tenían sobre los territorios heredados de sus mayores. Es decir, que dieron muestras de realismo político, al aceptar

5 Es sorprendente la manera como los caciques se dieron cuenta que el emperador español, desde siglo y medio antes, había ordenado a sus ministros y dignatarios reconocer los territorios a los pueblos del “reino de Cundinamarca” y cómo aprovecharon ese hecho.

esa concesión de los vencedores, porque al fin de cuentas les ayudaba a evitar la dispersión y el aniquilamiento de su pueblo. Tal como lo expresó en 1700 don Manuel de Quilo y Sicos, cacique principal de los pueblos de Toribío, Tacueyó y San Francisco en su solicitud a la Corona:

Yo creo que solo vuestra Majestad tenga el derecho de ceder tierra a los blancos, esto sin perjuicio de los indios tributarios; porque a más tenemos derecho y preferencia, porque como dependemos y somos legítimos americanos y no somos venidos de lugares extraños, me parece todo un derecho a más de ser uno dueño. Ahora, como su Majestad es quien gobierna lo que conquistó y tiene derecho absoluto, suplicamos nos prefiera mirándonos primero como a sus sumisos tributarios; y en segundo lugar, como justicia; como a dignos acreedores a las tierras que nuestros antepasados nos dejaron y de quien procedemos por nuestro origen y principios.

En otras palabras, el cacique se reconoce dignamente como “*sumiso tributario*”; es decir, que acepta la realidad de la derrota que da al rey español el dominio de las tierras conquistadas para cederlas a sus compatriotas colonos; pero expresa claramente que esto no cuenta con los territorios ocupados por los indígenas, porque, afirma, para las comunidades seguiría rigiendo un derecho de preferencia anterior al monarca español: el derecho superior que les da el hecho de ser “*legítimos americanos*” y “*no venidos de lugares extraños*”.⁶ Frase que es una auténtica proclama política de defensa de la autonomía indígena, cuyo eco continuará impulsando la acción de los indígenas caucanos hasta nuestros días, porque a todos nos consta haberla escuchado centenares de veces en la actual lucha del Movimiento Indígena colombiano. Por eso, retomando las palabras del cacique, a este “*derecho preferencial*” lo hemos llamado Derecho Mayor.

No obstante a medida que se fortalecían los invasores, los indígenas tuvieron que someterse no solo a pagar el tributo, sino a los repartimientos de indios “mitayos”, obligados a trabajar en las haciendas de los colonizadores. Pero esta imposición del dominador español, no significó una claudicación o abandono de su organización y sus costumbres, sino un acomodamiento a la dura realidad. Por ejemplo, los caciques aceptaron nombrar alguaciles, alcaldes y gobernadores, como entidades administrativas, encargadas de recoger el tributo en oro o en productos, de organizar su pago en trabajo a los encomenderos cuando no tenían dinero, y la participación forzada en caminos y obras públicas. Pero conservaron al mismo tiempo a sus “capitanes” y “thë walas” encargados del gobierno, de la

6 Este argumento tiene validez jurídica universal, por cuanto todo el derecho internacional respalda el derecho de primacía y nadie en el mundo podía, ni puede, negar la existencia primigenia de los indígenas americanos.

guardia de la salud y de las tradiciones. Además, a medida que pasaban los años, fue acentuándose un proceso de gran importancia: la paulatina fusión de las antiguas tribus alrededor de los paéces nativos de Tierradentro.

Este proceso iniciado tiempo atrás fue acentuándose con la política de los caciques. Iniciando, como dijimos antes, con las alianzas entre las mismas comunidades paéces durante la gran guerra, se fue profundizando y consolidando, integrando los restos de las tribus llegadas de los llanos del Magdalena y del Cauca quienes, huyendo de los encomenderos, venían a refugiarse entre la gente de Tierradentro. Allí se fueron fundiendo unas con otras para constituir la nueva nacionalidad nasa de hoy en día, porque las diferentes costumbres y lenguas que habían traído las tribus recién llegadas, fueron desapareciendo poco a poco, para terminar contribuyendo al aumento de población y adoptar, paulatinamente, la lengua del territorio, dando paso al actual idioma nasa yuwe.⁷

A este proceso de unificación se unió otro de igual importancia: el cambio en las condiciones materiales de trabajo. Porque los invasores trajeron elementos y técnicas que eran desconocidos y transformaron poco a poco las formas de trabajo en las parcialidades.

El principal de estos aportes lo constituyeron las herramientas de metal, que comenzaron a reemplazar las de madera y de piedra, bastante menos eficaces. Como también se hizo presente, aunque fuera en pequeña escala el uso del caballo, de los vacunos, de animales domésticos europeos y de los nuevos alimentos como el trigo cuyo empleo exclusivo fueron arrebatando a los colonizadores; lo que les permitió fabricar los molinos que aún se conservan y utilizan en Jambaló, Toribio y otros territorios.⁸

Igualmente conviene recordar que los indígenas no estaban aislados y tenían relaciones con los dominadores con motivo del pago de los tributos, de la titulación de los resguardos, de continuos reclamos, del peonazgo en las haciendas. Contactos, en fin, que permitieron a sus jefes ir conociendo al enemigo y su sistema,

7 El proceso de mestización de paéces, yalcones, guayaberos, pijaos y demás en Tierradentro tomó tiempo. Como prueba existe el testimonio de Don Juan Tama de la Estrella quien afirma en un documento que en su cacicazgo hay gentes que no se entienden unas con otras y que hablan diversas lenguas. Igualmente existen textos de investigadores y viajeros que resaltan las diferencias físicas existentes entre los nasa según las regiones que ocupan, lo que sería prueba de la mezcla de sangres del mestizaje operada en torno de la formación de su pueblo.

8 En la Laguna, Jambaló, existe el molino que fuera construido en tiempos de Juan Tama. Lo podemos asegurar porque hasta los años ochenta existían alrededor las pesadas piedras redondas que habían servido durante generaciones. Y una de ella tenía gravado el año de 1700, cuando Juana Tama obtuvo los títulos del Cacicazgo. Desgraciadamente fueron cubiertas de cemento en la refacción que hicieron del molino.

aumentando así sus experiencias políticas. De ahí que a pesar de las dificultades, y tal vez impulsados por ellas, las dispersas tribus de antes de la Conquista siguieron unificándose, llegando algunos paéces traídos por su encomendero desde Tóez, formaron el cacicazgo principal de TORIBÍO, que comprendía las parcialidades de San Francisco, Toribío y Tacueyó y la hoya del río Palo.

En el centro, los súbditos de Diego Calambás que fueron desplazados de Tierradentro por colaborar con el invasor se unieron a indígenas traídos de otras partes y asentados en los pueblos de Pitayó, Jambaló, Caldono, Quichaya y región de Vitoyó constituyendo el cacicazgo principal de Pitayó.

Al norte de Tierradentro las parcialidades de Tálaga, Taravira, Toens, Páez y Suin, se reunieron alrededor de dos centros: Wila y Chambo-Guala, constituyendo así los núcleos más tradicionales de los paéces, los principales cacicazgos de Huila y Vitoncó. El último de los cuales sería conocido en adelante como “la capital de los paéces”, dando origen a nuevas parcialidades como Mosoco, Lame, Sepi (Chinas) y otras.

Y, al sur de Tierradentro, los restos de las antiguas tribus yalcones y pijaos se mezclaron con parcialidades paéces y asentándose en las pequeñas comunidades de Yutuc (Calderas), Apirama, Yaquivá, Pisimbalá y Ambostá, conformaron el gran cacicazgo de Togoima, dando origen a nuevas parcialidades como Cohetando, Schitoques (Ricaurte) y Santa Rosa. Cacicazgo de gran importancia que fue gobernado durante siglos por los descendientes de la gran Angélica Guayumuse.

En esta forma al acercarse al año 1700, el pueblo nasa era algo muy diferente del que habían encontrado los conquistadores. Ya no era una serie de pequeñas parcialidades dispersas, sino que los cambios en él operados por causas internas y externas, era ahora sí como una nación en vía de formación.

Proceso de la dominación colonial entre 1630 y 1700 (mapa parlante, detalle)



Los grandes caciques y la política de Juan Tama

Pero la historia de los antiguos paéces no terminó con la formación de estos grandes cacicazgos, sino que dio un paso más adelante con don Juan Tama de la Estrella. Este gran jefe ha sido y sigue siendo considerado por los enemigos del indio como un personaje de leyenda, como un puro invento de la imaginación

Páez.⁹ No obstante Juan Tama fue un personaje de carne y hueso, y más todavía: el más importante cacique principal de Vitoncó y de todo el pueblo Páez. Sus capacidades de dirigente quedan bien establecidas al examinar la política que desarrolló durante su gobierno.

Dándose perfecta cuenta de la importancia que para el presente y el futuro de su pueblo tenía la conservación de sus territorios, se unió a su compadre y vecino de Tacueyó. El cacique Quilo y Sicos, en la tarea de conseguir el reconocimiento y la delimitación de los territorios nasas. Viajó a Quito con su compadre y bregó hasta lograr que se les otorgaran los títulos que su antecesor, el cacique Jacinto Muscuy, había solicitado desde cuatro años atrás.¹⁰ Al regresar a Popayán los hicieron copiar y registrar ante las autoridades coloniales y luego, en compañía de su vecino y autoridades de Popayán, delimitó y entregó a cada parcialidad lo suyo, como puede verse en los títulos de resguardo que aún conservan las parcialidades.¹¹

Consiguiendo esto, Juan Tama procedió a enseñarles la manera como deberían enfrentar a quienes invadieran sus territorios. Sobre este punto escribió en 1702 refiriéndose a Zumbico:¹² “Se opondrán fuertemente y en todo caso despojarán tomando su terreno como propietarios que son [...] Tanto a este particular como con las tierras que he dado en posesión, las defenderán con los documentos que en defensa de dichas tierras se les otorga; pelearán hasta quitarlas en limpio”.

Como es de imaginar el reconocimiento de los derechos territoriales que lograron los caciques les ganó el aprecio y gratitud de sus súbditos de todas las comunidades nasas, allanándose así el camino para que su autoridad y recuerdo se hiciera sentir en todas ellas.

9 La dominación ideológica es tan fuerte, que aún al reeditar esta cartilla (1980) el ejecutivo del CRIC publica poemas al “mito” de Juan Tama.

10 El cacique Muscay no tiene el apellido Tama porque no era su padre. De acuerdo a las tradiciones de entonces y de muchos otros pueblos, debía ser su tío, puesto que según las costumbres nativas de la herencia los sucesores no eran sus propios hijos sino los hijos de las hermanas.

11 La Escritura 843 de 1890 o “De los cinco pueblos” que se conserva en el Archivo Central del Cauca, incluye dos documentos anexos: la carta testamentaria de Juan Tama y, a renglón seguido, la copia de todo el expediente de reconocimiento que le entregara la Real Audiencia en Quito. Para comprender el documento una vez que se termina el texto del Cacique, hay que tener en cuenta que lo que sigue corresponde al ordenamiento oficial de los expedientes. Es decir que comienza por el último documento y termina con la solicitud de Tama para que se diera curso a la solicitud que había hecho previamente Muscay cuatro años antes.

12 Las tierras de Zumbico habían sido prestadas al Hospital de Popayán hacia 1698 como beneficio eclesiástico por espacio de quince años solamente. Sin embargo fue imposible cumplir con la orden del Gran Cacique hasta cuando se inició la recuperación del resguardo de Jambaló en 1973.

Pero la actividad de Tama como gobernante no quedó a nivel de asegurar su territorio a los nasa, sino que alegando disposiciones del Rey español, hizo que les reconocieran expresamente el derecho de mantener sus dinastías o familias gobernantes; y también la supremacía de los caciques sobre los representantes de Cristo. Al menos así aparece en los títulos que le fueron adjudicados en 1700, en los cuales se lee: “Todo indio que no fuere, y aunque fuese ya tributario, deberá estar primero bajo la inspección de todo cacique y segundo a son de campana, a la disposición del cura doctrinero...”. Se ve así que la defensa del territorio y del gobierno propio, es decir, la búsqueda de la autonomía indígena, fue la línea política de Juan Tama frente al dominador extranjero. Línea política que estuvo apoyada al interior por un manejo político dirigido a acentuar la unidad de su pueblo.

Ejemplo de esta habilidad fue el trato que le dio al problema del enfrentamiento que aún subsistía en su tiempo con la pre-hispánica familia de Calambás. Pues bien, habiéndose encontrado con su encomendero y poderoso gobernante de Popayán, el Marqués Cristóbal Mosquera y Figueroa, le hizo firmar un documento que reconocía la propiedad de los nasa sobre su territorio, y al mismo tiempo le legalizaba su ya bien ganada autoridad sobre el cacicazgo principal de Pitayó, dando así un nuevo impulso unificador a su pueblo. Para conseguirlo hizo una hábil maniobra: como su apellido no era famoso (porque los Tama habían sido una tribu esclavizada por los conquistadores en las orillas de río Magdalena), hizo que tanto los gobernantes de Quito como el Marqués de Mosquera y Figueroa le reconocieran su asimilación a la antigua dinastía de los Calambás con frases como esta: “[...] Y don Juan Tama y Calambás se titula siempre de Calambás hasta sus bisnietos, que no se perderá la institución de Calambás, que doy en este título para resguardo de ellos que son nación [...]”.¹³ Muy difícilmente se podría encontrar un mejor ejemplo de cómo utilizar la tradición política propia de los indígenas en favor de la unidad y continuidad histórica de su pueblo. Pero por si esta prueba no fuera suficiente para demostrar el desarrollo político propio en que estaban encauzados, hagamos referencia al testamento político que dejó a sus súbditos el gran cacique y que se conoce comúnmente como las “leyes de Juan Tama”:

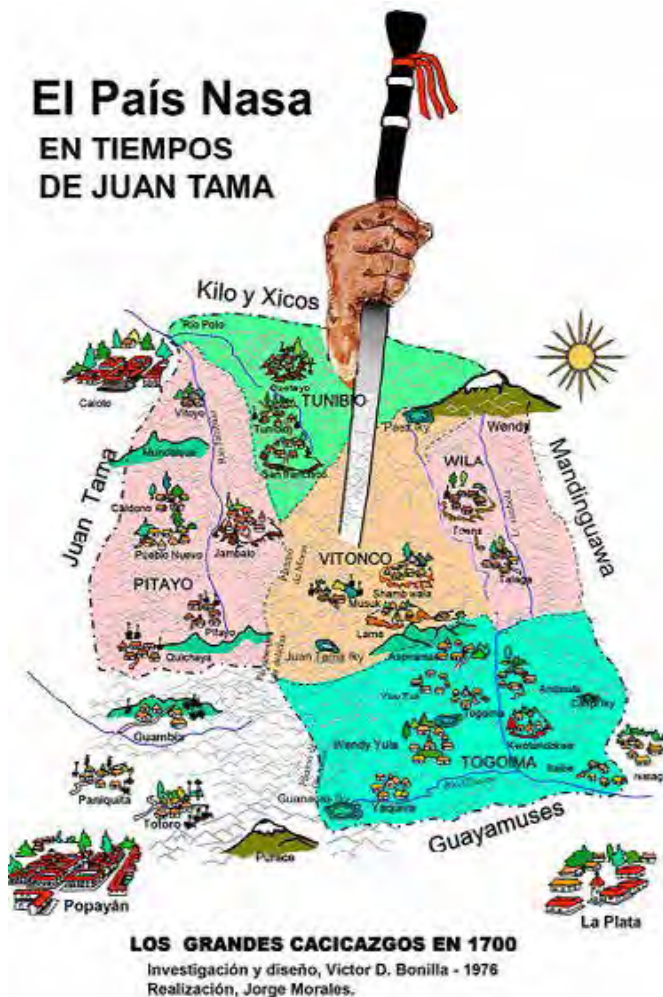
- La dinastía Tama-Calambás seguirá gobernando a los paéces.
- El territorio de la nación Páez será siempre propio, impidiéndose que pase a manos extrañas.
- Los paéces no mezclarán su sangre con la de otros.

13 Llamamos la atención sobre la expresión “institución de Calambás” que usó el Cacique. Si se tiene en cuenta que por esos tiempos entre los indígenas no se usaban apellidos, hay que asumir que las palabras del cacique son reales: el ser Calambás no era un apelativo como se cree actualmente, sino una dignidad, un cargo, como ser príncipe. Eso explica por qué se heredaba de padres a hijos y sobrinos desde la llegada de Belalcázar.

- Los paéces no podrán ser vencidos

Como puede verse en este caso, no se trata de lo que hoy entendemos por leyes, sino de unos consejos o programa que el anciano cacique dejó a sus súbditos con el fin de que siguieran defendiendo la unidad de su gobierno y de su territorio; para lo cual termina dándoles un respaldo moral. El de que mientras luchen por su nación serán invencibles.

Por lo demás, al repasar el gran esfuerzo político realizado por Juan Tama en favor de la unidad y conservación de la nacionalidad Páez en medio de la opresión que la envolvía, se explica que la tradición lo haya colocado en primer lugar como el hijo de las estrellas y protector de su pueblo, como todavía se le recuerda con respeto.



Resistencia ideológica y uso de las leyes del blanco

Como ya lo vimos, la actividad política de Juan Tama se desarrolló bajo el sistema de coloniaje que seguía existiendo. Y el Cauca fue la región de la Nueva Granada donde más tiempo duraron los repartimientos de indios, y las encomiendas que existieron hasta 1765. De ahí que los nasa siguieran siendo sometidos a pagar tributos y que hasta más de la mitad de sus hombres tuvieran que trabajar en las haciendas de los terratenientes. En este sentido se distinguieron como grandes explotadores los encomenderos de Caloto de apellido del Pino; uno de los cuales, Manuel del Pino, convenció en 1751 al gobernador y al obispo de Popayán para que lo dejaran destruir el pueblo de Jambaló y trasladar a sus habitantes a la región de Toribío donde podía explotarlos más y así se hizo durante algún tiempo. Por eso es necesario saber apreciar cómo esta situación de explotación impulsaba a los paéces a luchar contra la dominación española mediante una política propia que los consolidaba como pueblo.

En primer lugar se distinguió la lucha contra el dominio ideológico del colonizador, negándose a aceptar las ideas que los misioneros trataban de implantar en las parcialidades. Resistencia tan fuerte que el obispo de Popayán llegó a dar a un misionero de Togoima “el poder y comisión y facultad” para “desquiciar a los dichos indios de aquellos retiros y reducirlos a los pueblos de donde son originarios, sin omitir diligencia, apremio, secuestro de bienes, ni obra que convenga hasta conseguir se efectúe la reducción”.

Como es de imaginarse, con estos sistemas de fuerza más se resistían los paéces a la cristianización. De ahí que los cronistas religiosos afirmen que “la autoridad sacerdotal llegaba hasta construir la casa de Dios [...] más allá no llegaba la autoridad sacerdotal [...] no tenía colaboradores, le faltaba autoridad para obligarlos”.

Sin embargo algo lograban algunos misioneros infundiendo en algunas partes “*la necesidad urgente del bautismo y de fundar hogar según las leyes de Dios*”, como ellos decían. Pero aún en estos casos, los paéces “convertidos” seguían rechazando al invasor. En tal forma que decidieron en muchas ocasiones fabricarse su propia religión o sus propios religiosos. Como ocurrió en 1707, cuando el indio Francisco Yondachí se fue a la montaña a hacer de cura de acuerdo a sus propias ideas.

Por otra parte las enseñanzas de Juan Tama para la defensa de los resguardos no fueron olvidadas. Por ejemplo, cuando los encomenderos (furiosos porque el Rey acabó con las encomiendas quitándoles la recolección de los tributos) comenzaron a invadir los resguardos. Entonces los dirigentes nasas comenzaron a usar las leyes dictadas en favor de los indígenas. Andrés Calambás, hijo de Juan Tama, por ejemplo, emprendió juicio contra los invasores de su resguardo logrando ser

favorecido. Y luego José Calambás, nieto del gran cacique, hizo lo mismo en 1800 sosteniendo un largo pleito por el salado de Asnenga que les querían robar. Igual cosa hicieron los dirigentes indígenas de otros resguardos, como los de Itaiibe, que iniciaron un pleito por sus tierras que habría de prolongarse, esta vez inútilmente hasta 1937. Juego con las leyes que trajo a los nasa una doble experiencia política importante:

- Que las leyes del dominador son contradictorias porque son hechas por los explotadores dizque para favorecer cuando en realidad lo que buscan es dominar para explotar.
- Que a pesar de eso, esas leyes pueden ser usadas por el indio en su favor, cuando los explotadores están divididos o tienen intereses contrarios entre ellos.
- Razón esta última los llevaría a hacer denuncias y establecer pleitos contra los terratenientes con la esperanza de que, entretenidos en sus peleas de ricos, les dieran oportunidad para defender sus derechos. Pero sin olvidarse tampoco de acudir en ocasiones a manifestaciones de fuerza como los sublevamientos o las recuperaciones de tierra, cuando lo veían necesario.
- En esta forma los nasa continuaban su resistencia al dominio ideológico y a la explotación de los descendientes de los conquistadores, hasta que estos decidieron independizarse de España para formar un país aparte, este país que después se llamaría Colombia. Cambio de gobierno que abrió otra etapa política en la historia de los nasa.

Descubrimiento del enemigo interno

Cuando la guerra contra España, Colombia no existía era tan solo un proyecto. Pero esa fue una guerra general que vino a afectar directamente a los nasa por dos razones bien claras:

- Porque su territorio ocupaba una posición estratégica para el paso del comercio y de las tropas que circulaban entre Quito, Pasto y Popayán con Bogotá.
- Porque tanto los jefes españoles como los republicanos estaban interesados en ganarse el apoyo de los grandes pueblos indígenas que todavía poblaban este país: en especial a los descendientes de los antiguos paéces, quienes todavía eran recordados como “feroces guerreros”.

Ante estas solicitudes de criollos y españoles, la mayoría de las comunidades indígenas de lo que es hoy Colombia no intervinieron por considerar que se trataba de una “pelea entre blancos”, ante lo cual muchas veces fueron llevados por la fuerza a los ejércitos. Pero también hubo otros, como los de Nariño, que se pusieron decididamente de parte del Rey de España, considerando que el cambio que les proponían no les iba a beneficiar en nada. Ellos consideraban, no sin razón, era mejor tener a los gobernantes blancos lo más lejos posible. Ante esta situación, a los nasa se les presentaron tres posibilidades: apoyar a los españoles, unirse a los criollos, o lanzarse a luchar por su autonomía. Es decir, se trataba de hacer una decisión política. Y la hicieron escogiendo el partido de los criollos con la esperanza de que con el cambio de gobierno que se planteaba, los nativos americanos pudieran mejorar su situación dentro de la nueva sociedad que se les prometía.

Participaron, entonces, en esa guerra de independencia y la hicieron bajo el mando de sus jefes, entre los que se destacaron los caciques principales Guayamuse y Agustín Calambás. Este último, bisnieto de Juan Tama, intervino triunfalmente al frente de 1000 nasas en batallas como las del río Palo en 1815, hasta que hecho prisionero, fue fusilado por el español Wendeta en 1816. A pesar de lo sucedido continuaron participando en la lucha común contra el colonizador extranjero.

De esta primera vinculación política con los criollos, los nasa habrían de sacar una nueva experiencia. Porque una vez ganada la “independencia”, la eliminación del tributo que hiciera en 1820 el General Bolívar sólo duró pocos meses; y en 1821 el congreso expidió la primera ley colombiana sobre indígenas, dando un plazo de cinco años para acabar con los resguardos. Y aunque en 1828 Bolívar tuvo que corregir ese error y restablecer la legislación proteccionista para los indígenas, sus sucesores volvieron a negarla. Ante esta burla se desató la resistencia indígena, especialmente en el Cauca, llegando a ser tan fuerte de parte de las comunidades que, en 1848, un visitador eclesiástico de Tierradentro pidió a los curas que “se predique sobre el orden y el sometimiento al Gobierno”. Y sin embargo a pesar de esa oposición, durante los años siguientes los gobernantes colombianos seguirán sacando leyes contra los resguardos hasta avanzado el siglo XX.

Las comunidades pudieron entonces darse cuenta del engaño que se les había hecho, porque el nuevo Estado, el colombiano, y la Iglesia habían entrado a apoyar a los invasores de sus territorios, aumentando la humillación y la explotación. Así tuvieron los nasa su más importante experiencia política: la conciencia de que el enemigo no era sólo el colonizador extranjero, sino que estaba al interior mismo de Colombia.

A pesar de que la famosa guerra de “independencia” no les trajo ninguna independencia a las parcialidades los nasa, encuadrados por sus patronos terratenientes y politiqueros, continuaron participando en las 20 “guerras civiles” que se hicieron los partidos

conservador y liberal durante todo el siglo antepasado. Guerras en la que las clases dominantes no hacían otra cosa que definir cuáles de ellos iban a quedarse tanto con los poderes regionales como con el nuevo Estado colombiano.

Los historiadores que nos presentan dicen que los nasa participaron en ellas simplemente porque “renacía en ellos su espíritu guerrero”. Pero si miramos mejor nos podemos dar cuenta de que en realidad seguían ubicándose políticamente. Tomemos por ejemplo a José María Guainás, perteneciente a una antigua familia de dirigentes de Vitoncó y yerno del cacique principal José María Tayocué. José María participó en varias de esas guerras civiles, donde alcanzó el grado de Coronel conservador. No sabemos qué lo decidió a meterse en las primeras, pero cuando en 1854 fue buscado por sus jefes políticos para que los acompañara a combatir el revolucionario General Melo, Guainás en lugar de aceptar esa invitación prefirió unirse al rebelde quien en ese momento representaba los intereses populares.

Esa actitud hace pensar que en esa época la política de los nasa consistía en hacerse presente dentro de las luchas de los “blancos”, cuando consideraban que con ellas se ayudaba a derrotar al enemigo interno que habían descubierto, es decir, a la clase dominadora, con el fin de mejorar las condiciones de vida de su pueblo. Y se puede suponer que cuando Melo fue derribado dos meses después de tomarse el poder, los nasa comenzaron a darse cuenta del enorme poder del enemigo interno.

Utilización de los partidos y debilitamiento de los nasa

No paró allí, sin embargo, el largo aprendizaje político de los nasa. Durante la segunda mitad del siglo pasado los partidos políticos y de su posible utilización en beneficio propio. Corría el año 1860, cuando los poderosos señores de Popayán (terratinentes, mineros, esclavistas, políticos y también militares) estaban enfrentados. Uno era conservador, Julio Arboleda; y el otro era radical (los que se consideraban muy liberales), Tomás Cipriano de Mosquera. Pero Arboleda se había apoderado de grandes extensiones de los resguardos de Jambaló y Pitayó, donde venía explotando las salinas de Asnenga. Entonces, cuando Mosquera se lanzó en guerra para derrocar al presidente conservador Mariano Ospina Rodríguez, los nasa decidieron ponerse de parte de él luchando así contra Arboleda. En esa forma, cuando Mosquera ganó la guerra y se tomó el poder, los jambaloteños y pitagüeños consiguieron que les devolviera las tierras invadidas por Arboleda.

Este triunfo hizo que la mayoría de los nasa siguieran apoyando a los radicales, logrando que en 1872 no pusieran en práctica una ley del Gobierno de Bogotá que buscaba acabar con los resguardos. El Gobierno de Popayán creyendo que con eso contentaba a los antiguos súbditos de Juan Tama trató en ese mismo año

de someterlos a su control directo y creo la “Prefectura de Páez”. Pero los nasa de Tierradentro no se dejaron engañar y opusieron tal resistencia que el flamante prefecto, General Vicente Guerra Cajiao y sus ayudantes “juzgaron prudente la retirada, que fue con la mayor rapidez y en gran sigilo”, a través de las selvas que separan a Tumbichucue de Silvia. Así los nasa de Tierradentro pudieron seguir gobernándose por sí mismos por un tiempo más.

No descansaron sin embargo las parcialidades con este respiro, sino que continuaron presionando sobre el Gobierno del Estado del Cauca, hasta lograr que en 1879 expidiera una legislación más favorable a las comunidades. Disposición que más tarde habría de servir como base a la ley 89 de 1890.

Lo que no pudieron impedir los nasa fue la primera entrada de un enemigo más invisible y peligroso: la explotación capitalista. Esa fue traída por el Italiano Ernesto Garruti, quien aprovechándose del aprecio de los indígenas por su suegro, el General Tomás Cipriano de Mosquera se introdujo en Inzá para explotar los árboles de quina con peones nasas. Explotación que también se presentó en Pitayó, en todo el oriente del Cauca y en el resguardo de Huila, hasta terminar con los quinales. Y decimos que ese sistema de explotación era un enemigo más peligroso que los anteriores, por los efectos que producía en las comunidades:

- El peonazgo separaba a los hombres de su familia y los alejaba del resguardo;
- Los retiraba de la autoridad de los cabildos para someterlos a la de los capataces;
- Le enseñaba a consumir productos de fuera y los ponían en contacto con los vicios de otras gentes;
- Los alejaba de las mingas y demás trabajos comunitarios que eran su mejor escuela en la vida;
- Y por último, hacía que con su propio trabajo, los nasa contribuyeran al saqueo de un recurso de las comunidades, tan valioso e importante para ellas, como era la quina.

Influencias negativas que se dejaron sentir en los resguardos, ocasionando el paulatino debilitamiento de los dirigentes tradicionales de las comunidades. A tal punto que los cacicazgos principales de los nasa que habían logrado mantenerse a pesar de haber sido “legalmente eliminados” por la administración republicana, que había creado los “pequeños cabildos” de hoy en día comenzaron a desaparecer.

Por otra parte, el haberse metido los nasa en las guerras y en el juego de los partidos hizo que, al mismo tiempo que conseguían algunos beneficios, se fueran introduciendo en las comunidades las ideologías, las reglas del juego y los vicios del partidismo. Con dos agravantes:

Como toda la comunidad indígena no sabía de la política de los “blancos”, eran aquellos jefes que tenían esos contactos quienes los vinculaban a esas peleas. Comenzando entonces a funcionar en forma diferente a la de los caciques tradicionales. Porque mientras los caciques luchaban por intereses que la comunidad sentía y conocía a fondo, los nuevos jefes solo se encargaban de llevarlas a pelear por razones que no conocían bien o por intereses que no siempre eran propios. Es decir que dejaban de ser caciques de sus comunidades para convertirse en “copartidarios” de los políticos, en “jefes politiqueros” que es cómo funciona la política partidista.

Habiéndose iniciado estas alianzas con los partidos como una forma de defender los derechos para enfrentarse a todos los enemigos, que con el correr de los años habían aumentado, se convirtieron en un factor de sometimiento. Porque cuando los jefes políticos llevaban a las comunidades a pelear junto con los criollos, lo hacían porque sus intereses coincidían en algunos puntos aunque a menudo eran opuestos. Como ocurrió cuando se unieron a Mosquera contra Arboleda, en que consiguieron recuperar unas tierras, pero fortaleciendo a Mosquera que en el fondo era también enemigo de los indígenas.

Puede decirse, entonces, que faltó claridad a esos jefes indígenas para darse cuenta de la trampa en que caían. Pero la claridad no era suficiente, sino que se necesitaba también la fuerza para oponerse y no la tenían. Es decir que si su decisión política de vincularse a los partidos fue a la larga una decisión equivocada, en realidad no tenían mucho para escoger. Porque las clases dominantes colombianas se iban fortaleciendo cada día más mientras que las comunidades se debilitaban y no se podía echar para atrás la historia. A todo lo cual se añadió un aspecto más grave aún: que llevando el partidismo a las comunidades se introdujo un nuevo motivo de desunión entre los nasa. Porque algunos jefes como los Guainás, originarios de Calderas y vinculados también a Toribío, decidieron apoyar al partido conservador, mientras la gran mayoría entraba a respaldar al liberal. Esta situación vino a agravarse hacia finales de siglo, con la guerra de los Mil Días.

En esta guerra que tanto recordaban los abuelos (1898-1902) participaron los nasa, dirigidos por grandes jefes como Francisco Guainás (hijo de José María) de parte del antiguo gran cacicazgo de Toribío; Zape, de parte de Pitayó, Rosalino Yajimbo y José Pío Coyo por Tierradentro. Lo hicieron con su valentía de siempre y en ocasiones conservando antiguas costumbres guerreras como las de llevar

a los peores enemigos hasta Vitoncó para ejecutarlos en la misma roca en que lo hacían sus antepasados. Y distinguiéndose también por los daños que les hicieron a las fuerzas del Gobierno, a quien le mataron a un general y por haber continuado la lucha mucho más tiempo que nadie en Colombia, obligando al Gobierno a enviar un ejército al mando de otro general a “pacificar” la región. Pero pelearon unos como conservadores y otros como liberales. Y aunque a veces algunos jefes se cambiaron de bando siguiendo intereses concretos, lo cierto es que en esta ocasión los nasa llegaron a matarse entre sí, aumentando la división entre las parcialidades.

Esto nos muestra hasta qué punto al volver a tomar las armas durante el siglo pasado, aún en los casos en que buscaban derrotar al “enemigo interno”, en realidad no estaban luchando por su propia liberación sino sirviendo intereses ajenos. Y permite ver como el meterse en los partidos conservador y liberal los llevaba a separarse de lo que había sido su tradición política común, propia e independiente, que les había permitido mantenerse como pueblo defendiendo sus intereses propios. De ahí que a medida que comenzaron a abandonarla, el Gobierno colombiano pudo meter misioneros, alcaldes, inspectores, y demás autoridades en su territorio. Misioneros y funcionarios que terminaron instalándose en Páez o Belalcázar hacia 1907, para entrar a apoyar la entrada de los colonos a los resguardos. Y peor todavía:

Pues se dedicaron a atraerse a gobernadores y cabildantes indígenas para ponerlos a su servicio o al de los patrones, los gamonales y políticos “blancos”.

Por eso en adelante la acción política de los nasa sería cada vez más dependiente, entorpecida o enmarcada por los partidos políticos colombianos. Así una vez más se abrió una etapa en la vida política del pueblo Páez.

Con la llegada de la República hubo que enfrentar al republicanismo y sus guerras civiles



Quintín Lame, el indio que se le mestizó la mente

Como en ocasiones anteriores, esta nueva etapa en la historia de los nasa está relacionada con los cambios que se iban produciendo en el Cauca y en el resto del país colombiano. Situación que, al comenzar el siglo XX, era muy distinta a la del anterior, porque las clases dominantes habían terminado su larga serie de guerras partidistas en los “Mil Días”; cuando conservadores y liberales terminaron poniéndose de acuerdo sobre la manera cómo iban a gobernar. Lo que hacía que en adelante resultara mucho más difícil sacar ventaja por parte del indígena de las diferencias y contradicciones de sus enemigos, ya que con estas habían disminuido.

Como consecuencia de este entendimiento, en el departamento del Gran Cauca (que hasta entonces cubría desde el Chocó hasta el Amazonas), se produjeron dos hechos importantes: de una parte fue desmembrado y reducido al tamaño que hoy tiene, acabando así con el enorme poder político y económico de los señores de Popayán.¹⁴ El segundo acontecimiento fue la expedición de la ley 55 de 1905 con la cual dice un historiador – El General Rafael Reyes “ordena, grita e impone multas a los empleados si para tal fecha no se efectúa el avalúo, el censo o el repartimiento de los resguardos”. Esta era la forma como este presidente de Colombia apoyaba a sus amigos terratenientes de Popayán para que continuaran ocupando baldíos y resguardos indígenas. Y estos lo hicieron con tanto afán que sólo Ignacio Muñoz llegó a desmontar 11.000 hectáreas de montaña en San Isidro, Coconuco, Paletará y Calaguala, con el trabajo de centenares de nasas traídos de Tierradentro.

En esta situación la reacción de los nasa se hizo sentir a través de presiones, quejas, memoriales y exigencias sin fin; pero sin resultado alguno, porque ya no solo las leyes estaban en contra de los indígenas, sino que los explotadores liberales y conservadores estaban de acuerdo en eliminar los resguardos y el Gobierno nacional se había fortalecido.

Era pues, indispensable encontrar otra forma de acción que permitiera impedir la total destrucción de las parcialidades. Fue entonces cuando surgió Manuel Quintín Lame.

Quintín, nasa de pura cepa, peón hijo de terrajero, nació y creció en Polindará, en la hacienda de Ignacio Muñoz, donde sus compañeros se decían conservadores como su rico patrón. Al estallar la guerra de los Mil Días fue llevado al ejército, donde sirvió de ordenanza al general Carlo Albán.¹⁵ Tuvo entonces oportunidad de viajar hasta Panamá y de enterarse de la rebelión que el cacique Lorenzo encabezó allá y ser testigo de cómo fue fusilado por rebelde. Además, al regreso, que se realizó por vía Cartagena y el río Magdalena, pudo conocer otras gentes, otras tierras y otras circunstancias. No es de extrañar, entonces, que al volver a su tierra le doliera tanto ver la forma como eran explotados los terrajeros de las haciendas y como los terratenientes invadían los resguardos. A partir de allí ya no pudo someterse a la explotación del terrazgo. Se volvió entonces un “indio rebelde”.

14 Del Gran Cauca salieron los departamentos de Valle, Nariño, Putumayo, Caquetá y todos los de la cuenca amazónica actual. Se trató de una decisión política nacional aduciendo la necesidad de acabar con el enorme poder militar que tenía y que alimentaba muchas de las guerras civiles.

15 Los testimonios siguientes, relativos a la campaña del Sur y de Panamá, los recibimos en 1972 directamente del secretario del general. Quintín, por su parte, fue escogido por el general como su palafrenero, encargado de sus caballos, oficio que desempeñaba en la hacienda de Muñoz. Este cargo lo llevó a compartir diariamente con el secretario del general, joven escribano, de quien aprendió la escritura y el uso sumario de las leyes que lo caracterizaría después.

En el ejército había aprendido a leer y escribir un poco, pero también se le había metido en la cabeza el respeto a la “legalidad” por la cual peleaban el conservatismo, su ex patrón, su general y hasta su compañero secretario. Creyendo que en adelante había que luchar dentro de ella se armó, como su amigo secretario del general, de un código civil y de un manual de abogado que lo habrían de acompañar toda su vida y que le servirían en sus casi 200 carcelazos posteriores. Con esas herramientas de blancos, pero impulsado por la herencia de los grandes caciques del pasado que le hacían decir que “sólo los indios somos los verdaderos dueños de esta tierra en Colombia”, comenzó su lucha, calladamente, hacia 1910.

Empezó recorriendo las haciendas vecinas a Popayán y luego los resguardos: predicando los derechos, dando coraje a los compañeros, instruyéndolos sin descanso en las mingas y reuniones de las comunidades, organizando el descontento. Así, poco a poco, al contacto con la realidad, fue armando su programa. Un programa que se basa en los derechos irrenunciables de los indios sobre sus territorios y su autonomía de gobierno, que habían proclamado dos siglos antes los grandes caciques Quilo y Tama. Programa que resumía al que sesenta años después serviría (al CRIC, en 1971) para implantarse entre los indígenas del Cauca:

- Liberación de todos los terrajeros mediante el no pago de terraje o cualquier otro tributo personal;
- Defensa de las parcialidades y oposición a las leyes de división de los resguardos;
- Consolidación del cabildo indígena como centro de autoridad y base de organización;
- Recuperación de tierras perdidas a manos de los terratenientes y desconocimiento de todos los títulos que no se basaran en cédulas reales.
- Afirmación de la cultura indígena y rechazo a la humillación racial de que son víctimas los indios en Colombia.¹⁶

Pronto la infatigable actividad de Quintín tuvo un primer triunfo: los terrajeros dejaron de descontar terraje en las haciendas comprendidas entre Totoró y Sotará, causando gran revuelo entre los terratenientes. Pero Quintín no se detuvo; al

16 Este ideario de Lame es el mismo que en los años treinta pasó y fue usado por los nasa coaligados en Zumbico (Jambaló) y a través de los guambianos asistentes, a principios de los años cuarenta pasados, a la Cooperativa misak de Las Delicias, de donde salió conducido por Javier Calambas y Trino Morales hasta Toribio, donde se incorporó en febrero de 1971 como programa del CRIC.

contrario, entró a apoyar la lucha con la toma pacífica de Paniquitá en 1914. Esta acción llevó su fama de luchador a todas las parcialidades del Cauca, y fue el principio de la rápida protesta indígena que, como un incendio iba a propagarse en los tres años siguientes, aterrando a sus explotadores. Pero también alumbrando y consumiendo las esperanzas de la mayoría de los indígenas caucanos quienes creyeron llegada la hora de realizar el ideal de Juan Tama de la Estrella.

Nombrado, entonces, representante de varios cabildos y con el apoyo de Rosalino Yajimbó¹⁷ y otros jefes nasas de Tierradentro, que luchaban en ese momento contra la invasión de sus resguardos, se dirigió a Bogotá en busca de los títulos de las parcialidades y de la protección del Gobierno central. Pero esta solución en la que Quintín tanto creía, no llegaba. Se regresó entonces al Cauca y por el camino hizo contacto con los indígenas del Tolima y el Huila para unirlos a la lucha. Prosiguió luego su campaña manteniendo viva la esperanza de sus seguidores asegurándoles que estaba escribiendo una ley reconociendo los derechos de los indígenas, la cual sería aprobada por el Gobierno nacional. Pero al mismo tiempo su actividad aumentaba el odio de los gamonales y explotadores, al punto de acusarlo de preparar un levantamiento indígena general contra el régimen que él mismo había ayudado a defender. Encarcelado en dos ocasiones por esta razón se defendió él mismo antes sus jueces y salió libre para continuar su lucha, más decidido que antes.

Así llegó la última etapa de “la quintinada” que se dio entre 1916 y 1917. Ante el evidente fracaso de sus gestiones legales y el rechazo de sus “copartidarios” los grandes jefes conservadores que esta vez lo consideraban un enemigo, el caudillo indígena cambió de táctica. Aumentó el hostigamiento a los hacendados para hacerlos abandonar sus tierras y que estas quedaran en manos de terrajeros y cabildos. Menudearon entonces los asaltos a las haciendas, pelando reses y desocupando despensas. Inzá fue tomando por asalto, derrotando las fuerzas de blancos e indígenas “antilamistas” encabezadas por otro nasa como él: el “coronel” Pío Collo. Mientras columnas indígenas dispersas por la cordillera, atraían y fatigaban a policías y soldados para hacer despejar los lugares donde se iba a realizar alguna acción. Fueron estos, meses de lucha incansables con el apoyo masivo de las comunidades. Meses en los cuales el nombre de Quintín Lame se convirtió en el terror de los pueblos de “blancos” y de los terratenientes quienes desocuparon sus haciendas. Parecía que por fin la lucha indígena iba a triunfar.

17 Ex coronel liberal de la guerra de los Mil Días quien en Tierradentro acompañó a Quintín en su rebelión donde finalmente fue apresado y murió a los ochenta años en la cárcel de Popayán donde fue encerrado con Lame. Es notable el hecho porque hubo otros nasas liberales, como Pío Collo, que los combatieron hasta el final.

En ese momento se hizo sentir la verdadera fuerza del enemigo. Este consciente de que la fuerza del movimiento estaba en la persona de Quintín lanzó desde Popayán al batallón Junín, desde Cali al Pichincha, desde el Huila a otro de carabineros con el fin de apresarlos. En Tierra- dentro la represión se hizo entonces más fuerte, con la ayuda de los misioneros, quienes se habían establecido en la región desde 1905, participación tan descarada que según cuenta el padre David González (s.f.), el cura Luis Mosquera nieto de Tomás Cipriano, “se declaró segundo jefe de la campaña de represión” y de acuerdo al propio Quintín “guió a la compañía que nos perseguía y ordenaba que mataran indios, que esos no eran cristianos, el mismo padre hacía colgar de los árboles a los indios que caían prisioneros hasta hacerlos confesar en qué sitio me encontraba yo”. No pudieron sin embargo apresarlo en esta ocasión, pero pío Collo en su furor antilamista, logró derrotar a Yajimbo y lo entregó al Gobierno, a pesar de ser liberal y nasa como él.

Luego súbitamente llegó el final de “la quintinada” porque Lame, que seguía creyendo que la solución estaba dentro de la ley aceptó conversaciones con politiqueros liberales, con la esperanza de que participando en las elecciones de 1917 podría llegar a la Asamblea Departamental o al congreso para hacer valer los derechos indígenas. Fue entonces cuando, traicionado, cayó por fin en El Cofre a manos de sus enemigos. Encarcelado, vio morir a Yajimbo y algunos de los diez jefes que con él fueron apresados, mientras muchos nasas caían en Tierradentro víctimas del general Enrique Palacios quien, según aseguran los misioneros “no dio cuartel a los revoltosos” y el movimiento se disolvió en el Cauca.

Pero continuó en el Tolima donde se había refugiado José Gonzalo Sánchez, joven guambiano-totoreño compañero de Quintín. Mientras Lame estaba preso, José Gonzalo y Eutiquio Timoté (dirigente de los descendientes de los pijaos del Tolima) reunieron en Natagaima una asamblea con delegaciones del Cauca, Caquetá y Tolima, para establecer un “Consejo Supremo de Indias” y proseguir “de hecho y de derecho” la lucha indígena. Y aunque el consejo no logró establecer la unidad indígena a escala nacional, sí sirvió para impulsar en los años siguientes la lucha en el Tolima, a donde fue llamado Manuel Quintín una vez que salió libre, en 1921.¹⁸ Así terminó su lucha en el Cauca.

18 Un resumen de la acción de Quintín en el Tolima se puede leer en la introducción de su libro que fuera publicado por La Rosca (1971) bajo el título *En Defensa de Mi Raza*. Existen otras versiones, no sabemos si con la introducción de Castillo.

Proceso de organización y lucha de Quintín en el Cauca, el regreso de los “Mil Días” (1905-16)



Fracaso del indigenismo: consolidación de la misión y los partidos políticos

Ahora bien: detengámonos un momento para analizar el fracaso de Quintín en su propia tierra. ¿Cómo es posible que la fuerza del movimiento desapareciera una vez que salió del departamento? ¿Cuál fue la causa de ese fracaso? ¿Qué experiencia dejó al Movimiento indígena?

Es claro que Lame buscó continuar la política de los grandes caciques del pasado. Pero ocurría que él no era en realidad un cacique y ni siquiera un indígena de resguardo: era un peón sirviente de hacienda.¹⁹ Es decir que no había vivido, ni

19 El terraje de los Lame estaba situado en la hacienda, a la orilla opuesta del río Puracé, pero Quintín “por ser un indio listo” fue reclutado muy joven al servicio de los patronos Muñoz.

participado en el trabajo diario de las parcialidades, ni tomado parte en el gobierno indígena de los cabildos. Como terrajero y comerciante en animales, había crecido en medio de las haciendas y en un ambiente individual. No sólo le faltaba la experiencia comunitaria y la disciplina de quienes vivían diariamente las condiciones de vida del pueblo nasa sino que la cercanía con los “blancos” en que vivía le impidió realizar una crítica a fondo de esta sociedad que lo integraba a la vez que lo explotaba. Por eso más tarde, cuando llegó a encabezar grandes movilizaciones indígenas, se impuso como jefe a la manera de los caudillos liberales y conservadores que había visto actuar en la sociedad “blanca”, y no pudo desarrollar una nueva forma de liderazgo entre su gente. Porque ante la carencia de experiencia política real de un gobernador de resguardo, de un “capitán” o de un cacique (y también de otras experiencias de liberación de minorías indígenas en países lejanos) lo que pudo imaginar fue una sociedad indígena a la manera de la existente, solo que sin patrones extraños. Porque tenía en la mente el legalismo, la religión y demás instituciones de los “blancos”. En otras palabras, idealizó la vida, las costumbres y la “raza” indígena. Se construyó, pues, un sistema de ideas que podemos calificar de puro indigenismo, lo cual no es otra cosa que una nostalgia por las formas de vida indígena del pasado que muchos individuos guardan en el corazón, mientras en la práctica aceptan o impulsan la penetración ideológica del enemigo en las comunidades.

Con este sistema fue como Quintín dirigió su movimiento en el Cauca. Una concepción desprovista en un principio de base material y de una experiencia política real. Por eso, en la práctica, con el tiempo esa mezcla de indigenismo y de caudillismo le impidió organizar de verdad, colectivamente y en forma nueva y duradera las parcialidades, de acuerdo a las condiciones y necesidades del momento.

Son innegables los aspectos positivos que tuvo la actividad de Quintín, pero también lo es que no resistieron la represión. Él retomó las banderas políticas de los antepasados que habían trabajado en el sentido de unificar el pueblo nasa. También lo es que dándose cuenta de las divisiones que existían al interior de las comunidades, trabajó con los indígenas de resguardo y con los terrajeros de las haciendas, con los nasa y con los no-nasas, con los conservadores y con los liberales en busca de la unidad. Sin embargo este mecanismo era diferente al de los grandes caciques anteriores, por cuanto abandonaba la consolidación de una “nación páez” y abría una nueva etapa: la de una lucha común con los demás indígenas del Cauca. Un mecanismo que demuestra que, después de las guerras civiles, las luchas indígenas ya no se darían de forma independiente como las adelantaron los antiguos caciques, sino entremezcladas con intereses políticos no indígenas, como parecía exigirle el nuevo siglo.

Es conveniente también retener que si Quintín pudo hacer lo que hizo, con sus aciertos y sus errores, fue por haber estado en contactos con las dos sociedades. Con la indígena y por haberse ligado a la lucha general de las comunidades. Y

con la sociedad “nacional”, por hablar el castellano, saber leer, estar influido por la religión y los partidos, haber sido soldado y manejar lo básico del sistema jurídico nacional. Esta doble relación fue su fuerza y su debilidad. Además la tarea unificadora de Quintín sacaba a plena luz las divisiones existentes al interior de las comunidades o entre ellas. Divisiones tan profundas que, como vimos, él no las pudo eliminar. Recordamos cómo Pío Collo y otros nasas lucharon contras los “lamistas” contribuyendo así a hacer fracasar el movimiento. Fortalezas y debilidades que dejó en herencia a las comunidades del Cauca.

Pero lo que importa resaltar es que estas divisiones son el producto de la penetración, de la explotación dentro de las comunidades y de las formas como está organizada y avanza para dominarlas desde adentro. Por eso es conveniente resaltar que hoy en día todavía existen en las comunidades y se manifiestan dentro del movimiento indígena.

En esta forma, la experiencia de Quintín Lame permite pensar que los nasa estaban ya tan penetrados por el enemigo, que solos no podían derrotar a los explotadores y dominadores de la sociedad colombiana.

De la misma manera, lo que fue la fuerza y la debilidad de Quintín como dirigente, también se encuentra en los dirigentes de hoy y en la organización indígena. Una fortaleza que ha permitido que las comunidades se afirmen en la defensa de los derechos indígenas y se sostengan hasta hoy en día. Pero también una debilidad frente a la Iglesia, a la ley colombiana y a los partidos, que en los años siguientes al movimiento de Quintín abriría paso a una mayor penetración de esos elementos que dificultaban el desarrollo de las luchas de los indígenas por su liberación.

Así nos lo deja ver la historia de las comunidades una vez disuelto el movimiento de Quintín Lame en el Cauca: En Tierradentro, el municipio de Páez (que el Gobierno nacional no había logrado establecer sino en 1905) se consolidó. Lo mismo ocurrió con la Misión que, debido a su afianzamiento fue organizada como “prefectura Apostólica” en 1923. Y a nivel nacional, el Congreso colombiano, impulsado por los terratenientes caucanos, siguió sacando leyes en contra de los resguardos que golpearon duramente las comunidades del oriente caucano, especialmente Caldon y Quilichao. Como la 104 de 1919 y otras que salieron en 1992 y en 1927 que exigían la eliminación inmediata de los resguardos y nombraban comisiones con ese objeto.

No obstante, la voluntad de los indígenas de seguir siendo nasas, guambianos (misaks) o gentes de resguardo, fue más fuerte que las leyes del Estado que intentaba “integrarlos” a la sociedad nacional. Es decir que, en la práctica, las comunidades aunque desprovistas de grandes jefes, mantuvieron en este aspecto su línea política tradicional. Por eso sólo siete pequeñas parcialidades cercanas

a Popayán y ya muy “mestizadas” pudieron ser legalmente extinguidas, lo que no pudieron impedir fue la actividad de los misioneros y de los partidos que se comenzó a sentir profundamente entre los nasa.

Detengámonos otro momento a considerar esa situación. El interés de los partidos por los indígenas, ya no como soldados sino como votantes, comenzó cuando en 1912 la ley colombiana autorizó el voto a los hombres que supieran leer y escribir y tuvieran propiedad raíz; lo que solo podían hacer unos cuantos indígenas adictos a políticos y misioneros.²⁰ Esto hizo que los politiqueros, especialmente liberales, se lanzaran sobre los indígenas que les habían sido favorables en las guerras civiles para que, cumpliendo o no con los requisitos legales, les dieran sus votos, prometiendo en cambio toda clase de ayudas, como la de hacerles respetar los resguardos. Falsas promesas. Porque el mismo partido liberal buscaba acabarlos, como pudo verse cuando después de 1936 comenzó a impulsar la invasión de los territorios indígenas dándoles el tratamiento de “tierras baldías”. Sin embargo no se hizo sentir una oposición organizada a esta nueva forma de explotación porque al no ser reemplazado el “lamismo” por un movimiento más fuerte y organizado, el campo había quedado libre a la acción de los partidos que pudieron así consolidar su dominio ideológico entre los nasa. Especialmente el partido liberal que, al llegar al poder en 1930, pudo entrar a reforzar desde la administración pública su juego politiquero.

Los misioneros en cambio fueron más francos. Desde un principio destaparon su cara diciendo, como más tarde reconoció el padre David González, que “dejados los indios a su natural iniciativa son incapaces de todo progreso” porque, según los misioneros, los indígenas se caracterizan por su “carencia de sentimientos, de dignidad, en la carencia de todo anhelo de superación ya que [...] El indígena por natural inclinación, quiere permanecer en el estado primitivo”. Basados en semejante criterio, los misioneros se dedicaron a impulsar o realizar ellos mismos la invasión de los territorios indígenas. Para justificarse, salieron con el cuento de que la “ley colonial” no daba a las parcialidades sino “una legua a la redonda de los pueblos” y que lo demás era terreno baldío. Pero, conociendo que en últimas lo que predominaba no era la ley sino los hechos, se lanzaron a dar el ejemplo invadiendo por la fuerza. A tal punto que no vacilaban, según cuenta el mismo misionero González, en llamar en su ayuda a personajes “de revolver y sable al cinto” y que “nunca fallaban el tiro”; y acudiendo a la política para hacer traer y firmar por la fuerza a los cabildos. Llegando así a que “pronto aparecieron trabajadores blancos y mestizos en las selvas que los indios tenían como intocables”. Mas no contentos

20 No olvidar que la “democracia” impuesta por los “libertadores” afirmaba que “todos los hombres eran iguales en derechos”, pero en las constituciones y leyes establecieron que no eran ciudadanos sino los varones que tuvieran propiedad raíz y supieran leer y escribir (Constitución de 1843), lo que dejaba a los indígenas por fuera. O como afirmó un presidente de Colombia: “semejantes a los menores, disipadores, dementes y sordomudos”

con eso, los padres dieron otro impulso a la invasión, haciendo aprobar “áreas de población” dentro de los territorios indígenas, para repartir a los extraños que llegaban o que ellos atraían a los resguardos.

A pesar de esta doble actuación de politiqueros y misioneros, los nasa de Tierradentro pudieron burlar en ocasiones al enemigo y manifestar su posición. Como en 1927, cuando los mosoqueños lograron impedir el establecimiento del área de población en su resguardo, mediante la promesa hecha a los conservadores de “voltearse” si no la establecían; para luego de haber logrado lo que querían, seguir apoyando la subida al poder del liberalismo, y terminar sitiando a los misioneros durante 15 días impidiéndoles movilizarse. Pero estas manifestaciones fueron aisladas sin que por entonces se manifestara en forma unificada esta política. Más bien a nivel general la penetración de la misión y de los partidos se acentuó.

El fracaso del “sindicalismo”

Así pasaban los años y los indígenas caucanos tratando de encontrar nuevas formas organizativas que les permitieran llevar a cabo su política general de resistencia. Durante los años que corrieron entre 1935 y 1945 recorrieron otro trecho políticamente importante: la tentativa de conformar una organización diferente a la tradicional, la cual fue impulsada principalmente por José Gonzalo Sánchez.

Habíamos dejado a José Gonzalo en el Tolima luchando en compañía de Quintín Lame y Etiquio Timoté; lucha que siguieron durante algunos años juntos. Pero también esta vez, los cambios ocurridos en Colombia vinieron a reflejarse en la política indígena. Cambios que en esta ocasión fueron la irrupción en el panorama político de un partido nuevo que vino a reivindicar los intereses de los trabajadores, el partido Socialista Revolucionario, el cual se transformó en 1930, en el partido Comunista de Colombia.

Pues bien, José Gonzalo²¹ y Etiquio Timoté se vincularon al nuevo partido, produciéndose la separación de Quintín, quien no quiso acompañarlos. José Gonzalo salió entonces del Tolima a recibir formación política dentro de su partido. Regresó luego al Cauca y se dedicó durante varios años a realizar campañas entre los indígenas de acuerdo a la política que seguía el nuevo partido. Se trataba de formar sindicatos agrarios, ligas campesinas, como se llamaron y los afiliaron al partido político comunista.

21 José Gonzalo Sánchez, oriundo de Miraflores, en Totoró, tuvo grandes lazos de amistad y apoyo político con los misak de Silvia, donde posaba en su camino a Jambaló. No hablaba el nasayuwe y representaba ya la nueva dirigencia aculturada que se abría paso en la historia nasa.

Hasta donde recuerdan los compañeros con quienes hemos hablado, esa campaña no impulsaba como en otras partes del país, la lucha por la tierra, ni retomó reivindicaciones concretas de las comunidades sino que consistía en dar charlas en que se informaba sobre las conquistas logradas por los obreros de los países socialistas y se adoctrinaba en el terreno meramente político, sobre la necesidad de “llegar a elegir un gobierno, un gobierno de los pobres”. Y terminaba invitando a afiliarse al partido de los trabajadores para cuyo sostenimiento se pedía cotizar o depositar los votos. José Gonzalo no se apoyaba, pues, en los cabildos ni parece haber conocido la trayectoria política de las luchas indígenas. En todo caso desarrolló su campaña sin tenerla en cuenta para nada, convencido de que había que abandonar la dirección indígena de la lucha entre las comunidades caucanas y propagar en cambio las ideas que servían a la lucha de los obreros de los talleres y de las fábricas, de los ferrocarriles y de los caminos, etc. Desarrolló así una dirección de trabajo entre las comunidades con un programa diferente al de Quintín Lame. Logró convencer a pequeños grupos de nasas de que su partido era mejor que los tradicionales, influencia que aún permanece en ciertos sectores. Y si hemos de creer lo que afirma el padre David González, habría contribuido a canalizar el descontento de los indígenas de Tierradentro, quienes en 1945 arrasaron las instalaciones de la Misión en el resguardo de Huila. Pero la mayoría de las parcialidades recuerda tan solo la ola de represión desatada con ese motivo y que costó la vida al propio José Gonzalo, quien fue envenenado (según la tradición) por la oligarquía del Cauca.

¿Qué significa entonces la experiencia de José Gonzalo Sánchez? Sánchez fue más allá que Quintín Lame, sabiendo ver que en Colombia existía algo más que el Gobierno Nacional o los partidos tradicionales. También sacó la lección del fracaso de Quintín en el Cauca en el sentido de que los indígenas no podían luchar solos, por lo que buscó el apoyo de los trabajadores organizados. Pero al dejarse llevar por la novedad y la importancia de su descubrimiento, desconoció las condiciones propias de las comunidades: sus reivindicaciones, sus formas de organización y su tradición de lucha, lo cual hizo que su movimiento tuviera un desarrollo limitado. Dejando al mismo tiempo una herencia de izquierda que habría de tener amplios desarrollos en el futuro del movimiento indígena caucano.

De la “violencia” a la autodefensa

Siguiendo las huellas de los nasa en los años treinta del siglo pasado, encontramos que el tratamiento de “Baldíos” que el Gobierno del presidente Eduardo Santos, apoyado por misioneros y terratenientes, dio a los territorios de los indígenas no sólo se hizo sentir en Tierradentro. En el norte del Cauca, el resguardo de Tacueyó y Toribío fue donde primero adquirió carácter de grave conflicto. Pronto comenzaron a llegar los colonos que, al principio por engaños y luego a viva fuerza, se fueron apropiando de las sementeras y propiedades de los indígenas;

para terminar estableciéndose en un pueblo que levantaron con el nombre de Santo Domingo. Mientras los hacendados de Cali y Popayán, atraídos por la creciente valorización de esas tierras, se lanzaron a invadir las parcialidades de la Laguna, La Cominera, Caloto, Jambaló, Caldono, y otras en la misma forma. Situación que se agravó con la expedición de una “Ley de Tierras” que impulso a los terratenientes a expulsar a los terrajeros de las haciendas ante la perspectiva de perderlas.²² Duros momentos en que a menudo se hizo sentir la solidaridad entre indígenas, como en el caso de Jambaló que dio cabida desde entonces a los guambianos de Chimán en la vereda La María donde viven desde entonces.

Pero en los años siguientes, en los cuarenta, la situación empeoró con llegada del partido conservador al poder: arreció la violencia ya que a la ejercida por los terratenientes se vino a sumar la violencia partidaria que desde el siglo anterior traían conservatismo y liberalismo, y que terminó envolviendo a toda Colombia entre los años 1946 y 1958. Violencia que para los nasa no fue más que el aumento de la ya existente y que debía prolongarse por veinte años. Con una característica especial: antes, los indígenas habían usado la lucha partidista para defenderse de la dominación del “blanco”; en cambio durante estos años sería el “blanco” quien iba a encubrirse en la lucha política para intentar aplastar al indígena.

Porque eso fue lo que ocurrió cuando desde el Gobierno se dio la orden de “conservatizar” al país a cualquier precio. Los nasas como liberales, fueron de los primeros en recibir el impacto de la persecución política que les ponía a escoger entre dos males: jurar fidelidad al partido conservador o a la cárcel, la tortura y la muerte. Clima de terror que, como cuenta el padre David González en su libro, fue aprovechado y promovido por muchos colonos, terratenientes y políticos, con la activa colaboración de los misioneros, pero con el ánimo de desorganizar las parcialidades e instalar con mayor facilidad su dominio y explotación sobre los nasa y sus tierras. Es decir, que la violencia de conservadores contra liberales en este caso, no fue, en el fondo, sino el encubrimiento de la tradicional persecución contra el indio.

Paralizados al principio por esta brutal agresión que llegó a diezmar la dirigencia indígena en zonas como Tacueyó, los nasa terminaron reaccionando. Pero carentes aún de una dirección unificadora propia, su actividad defensiva se encauzó dentro de los movimientos de autodefensas liberales y comunistas que comenzaron a surgir. No se trató, pues, de una coordinada acción comunitaria, sino de afiliaciones individuales o de pequeños grupos, lo cual limitó sus posibilidades. Como quedó comprobado en el mal planeado asalto y toma de Belalcázar (1950) que fue seguido de una incontenible ola de asesinatos, incendios, torturas y despojo de

22 La Ley 200 de 1936 expedida por el gobierno liberal disponía la expropiación de tierras ociosas de las haciendas para ser repartidas entre aparceros y terrajeros en todo el territorio nacional.

los indígenas, que hubieron de huir a los montes; abriendo las puertas a la ola de barbarie en que deberían perecer masacrados el cabildo de San José y mil compañeros más. Sin embargo, con el correr de los días, esta forma de defensa permitió enfrentar al enemigo y hasta castigarlo, como ocurrió en las tomas de las veredas de Santo Domingo (1950), Caloto (1954) y la Mina (1956); haciendo posible, la recuperación de parte de los territorios invadidos en la zona.²³

Al llegar a este punto es necesario puntualizar como esta dura experiencia tampoco pasó sin dejar enseñanzas políticas a los nasa; y entre ellas las principales son:

- La alianza del Gobierno, la Iglesia, los terratenientes y los politiqueros, “la manguala” como se le denominó popularmente, apareció como el enemigo principal de los indígenas caucanos.
- Se vio claramente que si bien la defensa la asumían en forma individual, la represión golpeaba por parejo en forma colectiva. Realidad que comenzó a aclararles la necesidad de llegar a una organización también colectiva, capaz de enfrentar al enemigo.
- Al observar como muchos combatientes nasas de las guerrillas acaudilladas por “compañeros” no-indígenas eran objeto de discriminación en el trabajo o en la lucha, tomaron conciencia de la necesidad de que tal organización debía ser propia, de los indígenas mismos, para mejor adelantar sus luchas.
- El hecho de haber sido agredidos en su propio territorio, de ver invadidos sus resguardos, mientras la necesidad de la tierra se hacía cada día mayor, les confirmó una vez más, en centrar en ella el objetivo inmediato de sus luchas.
- De una organización que teniendo en cuenta las formas tradicionales de organización nasa, no se limitara a ellas y permitiera responder a las nuevas condiciones que se fueran presentando. Experiencias y perspectivas políticas, que unidas a las acumuladas en los siglos anteriores, han venido a construir el motor de la acción actual de los nasa.

23 Los violentos desalojos de estas zonas de los colonos invasores (denunciados siempre como los “pájaros” que asesinaron a numerosos dirigentes en Toribio y Tacueyó) corrieron a cargo del “mayor Ciro” y sus guerrilleros “*comuneros*” de Riochiquito a solicitud de las Comunidades víctimas de sus masacres. También los de La Mina, en Jambaló. Los de Caloto lo fueron por el ejército nacional a solicitud de los caloteños, tras el derrocamiento del gobierno de Laureano Gómez y Urdaneta.

Inicio de una alianza inter-étnica y de la organización y movimiento indígena actual

En los años siguientes la larga búsqueda política de los indígenas del Cauca prosiguió. Es cierto que la influencia del liberalismo, reforzada por la violencia, habría de seguir actuando, llevando a unos a apoyar al sector más reaccionario de ese partido; y a otros al MRL (Movimiento Revolucionario Liberal), movimiento político pro-cubano que se planteaba como más popular y cuyas influencias siguen aún actuando en las zonas en que se implantó. Pero, al mismo tiempo, fuera del partidismo, comenzó a desarrollarse otra tendencia.

Fue hacia 1963, cuando algunos indígenas de Jambaló y otros de Guambía constituyeron el mal llamado “sindicato del oriente caucano”. Mal llamado porque quienes lo formaban no eran proletarios en busca de reivindicaciones gremiales, como indicaban el socialismo y las políticas del momento, sino nasas y misaks de parcialidades; y tampoco planteaban acabar con el sistema capitalista que era el planteamiento del comunismo, sino que su meta era luchar por la recuperación de las tierras arrebatadas a los resguardos y acabar con la “humillación” de parte de los blancos y patronos. Es decir, que esta vez planteaban de frente sus propias reivindicaciones. Quienes vivieron esta experiencia y más tarde participaron en la fundación del CRIC destacan los nuevos pasos que recorrieron entonces:

- Por primera vez que recuerden, nasas y guambianos lograron resolver, sin acudir a la justicia colombiana, problemas de linderos entre sus resguardos; o sea superaron viejas diferencias entre los dos pueblos.
- En la solución de esos problemas, el “sindicato” no pudo actuar solo: tuvo que trabajar con los cabildos para que ellos intervinieran con autoridades de las comunidades encargadas de velar por el territorio de los resguardos. Trabajo que puso en evidencia la importancia de los cabildos, a la vez que sus limitaciones.
- Esta unión entre nasas y misaks abrió paso a la reanudación de la lucha por la tierra. Estos pasos recorridos fueron muy importantes para preparar el surgimiento del CRIC. Ciertamente es que el “sindicato” como tal no progresó. Y no progresó porque si bien retomaba algo de la tradición política indígena, lo hacía solo en forma parcial, ya que no englobaba todas las aspiraciones políticas de las comunidades nasa y guambiana. Además, la forma de sindicato no daba para organizar de acuerdo a estos objetivos y a la realidad de las comunidades.
- Fue entonces con la presencia e impulso de los dos pueblos indígenas que nació el CRIC, y con él el moderno movimiento indígena colombiano, en 1971.

En las cartillas 1 y 2 del CRIC presentamos cómo el movimiento indígena nació en torno de las luchas de nasas y guambianos, en El Credo y El Chimán. Que nació para unir. Esto es cierto; y así lo confirman quienes participaron en su formación. Pero si uno analiza la historia de estos pueblos se puede afirmar que viene de muy lejos en el tiempo. Que tiene como fundamento las experiencias políticas sacadas de las luchas de sus mayores y antepasados, aunque muchos de sus dirigentes actuales no sean conscientes de ello. Experiencias políticas que el enemigo se empeña en negar y de las cuales quiere despojar a los indígenas.

Esta organización nueva no ha salido de la cabeza de nadie en particular. Ha nacido como un paso adelante en la larga búsqueda de formas organizativas propias de las comunidades indígenas del Cauca. Ha sido un paso adelante, porque organizarse en forma propia y de una vez en forma regional yendo más allá de las experiencias pasadas, era crear una organización original, algo que no se parece a nada más y que ha desencadenado todo un movimiento social que lucha por recuperar lo propio: territorio, autonomía y cultura dando paso a actuaciones modernas.

Porque su forma de organizar se basa en la realidad caucana. Realidad que no es otra cosa que el resultado de tres siglos de historia compartida por los indígenas y los no indígenas del Cauca.

Pero al mismo tiempo porque haberse constituido en forma de consejo indígena después de los ensayos y fracasos sufridos en los intentos de tratar de organizarse según fórmulas ajenas, les ha impuesto la necesidad de una organización propiamente indígena, que sirva para unir a los pueblos nasa y misak con otras comunidades. Por eso la forma de organización de los indígenas caucanos no se puede comparar con otras. Para entender hacia dónde va, para definir su política, es necesario preguntarse de dónde viene. Retomando el hilo de la historia para analizar los problemas políticos que hoy se le plantean a la luz con las respuestas políticas y organizativas que las comunidades han tratado de darles desde tiempo atrás. Y aprovechar esas experiencias. Eso es afianzarse en lo propio, en lo original, para crear algo nuevo y seguir adelante.

Referencias citadas

González, David

S.f. Los paéces o genocidio y luchas indígenas en Colombia. Medellín: Ed. Rueda Suelta.